



La Colmena

ISSN: 1405-6313

lacolmena@uaemex.mx

Universidad Autónoma del Estado de

México

México

Manzano Arzate, Josué

Nietzsche: médico de la actualidad y una visión de Píndaro

La Colmena, núm. 65-66, enero-junio, 2010, pp. 37-46

Universidad Autónoma del Estado de México

Toluca, México

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=446344468005>

- [Cómo citar el artículo](#)
- [Número completo](#)
- [Más información del artículo](#)
- [Página de la revista en redalyc.org](#)

 redalyc.org

Sistema de Información Científica

Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal

Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto

Nietzsche: médico de la actualidad y una visión de Píndaro

NIETZSCHE COMO RECUPERADOR DE LOS OLVIDADOS

 e da por sentado que los nombres de los autores incluidos en un plan de estudios son los más representativos, y en filosofía esto no deja de suceder. En algunas instituciones se da prioridad a los autores de la época antigua y clásica, en otras, a los representantes de la Edad Media, y algunas, a los llamados “círculos”. En fin, es mediante este juego de aparición en primera plana cómo los autores se vuelven inmortales, pero, detrás de ellos, se encuentran otros de no menos calibre a quienes, en este momento, se les atribuye el adjetivo de olvidados. Un olvidado es quien habita los linderos de una ciudad, de un Estado o de una teoría.

El olvido referido ha sido caracterizado por una época, en suma, consumista y utilitarista. La utilidad, tanto en el conocimiento como en las demás prácticas, debe solucionar problemas inmediatos. Entonces, se olvida sólo aquello carente de utilidad. El olvido es la configuración de la ausencia del ser.

Cuando se refiere al estado del tiempo marcado por la inmediatez, se establece una distancia de aquella perspectiva en que la sabiduría debería alcanzarse durante toda la vida, y mediante la vigilancia constante de ésta. En este sentido, la cultura griega, su pensamiento poético y filosófico continúan presentes en la época contemporánea, a pesar de

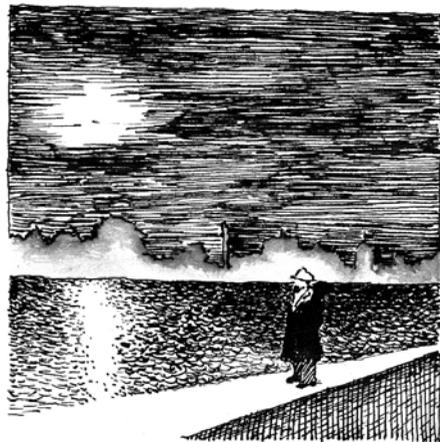
todos los obstáculos (la mayoría de las veces obtusos) que se le oponen.

Cabe plantear la pregunta: ¿en qué radica el olvido?, pues se da por sentado que estos autores han quedado en tal condición. ¿Por qué el pensamiento ha olvidado algo? ¿Acaso no ha sido Hegel quien ha presumido de llevar el pensamiento a la integración de todo lo posible dentro de la dinámica del espíritu absoluto? y, ¿acaso no ha sido Platón también, desde *La república*, quien ha propuesto al filósofo como amante del conocimiento en su totalidad y, más aún, como quien no va a desear nada cuando conozca el amor, como lo declara Diotima?; es decir, uno ya no puede olvidarse de lo demás. Pero, entonces ¿qué es ese demás que ha olvidado la razón en su ejercicio?

El olvido se define de la manera siguiente: (del latín: *oblivium*.) Falta de memoria; estado de una cosa olvidada; descuido, negligencia, omisión e ingratitud. Olvidar, por lo tanto, es descuidar la historia del pensamiento, y cada autor espeta su ingratitud a su maestro, pues la filosofía se desarrolla a partir del resarcimiento de las omisiones anteriores. Así, la filosofía es un no-olvido, es decir, una no-omisión, un no-descuido, como un estar atento a todo aquello que los planes de estudio, al servicio de la institución, dejan de lado por considerar su incumplimiento con los requerimientos de la época.

Olvidar en el ejercicio del pensar es, de acuerdo con la definición, ser ingrato, desagradecido con todos aquellos que han fundamentado la filosofía y las demás ciencias; me refiero a los pensadores descuidados en general. Sócrates ponía en práctica su ejercicio a cielo abierto, pero, después de él, el diálogo se ha encerrado entre paredes de erudición, entre rostros mal encarados por saberse descubiertos ante la imposibilidad de vivir más o menos bien. Se puede afirmar que la filosofía misma tiene olvido de aquello conocido como *doxa* (a este discurso se dice que le ocupa lo estúpido, lo falso, pues, en contrapartida, el discurso originado dentro de la casa de la erudición se ha erigido como verdadero). La *doxa* paga el sueldo de filósofo actualmente, por esto es doblemente olvidado el asunto, pues se relegan ciertos pensadores y se descuida el diálogo con aquellos que hacen al filósofo pagar su renta.

Por otro lado, si estas páginas tratan de los olvidados es para enmendar el pecado de omisión cometido en repetidas ocasiones. Si el pensar es una enmienda, entonces los ojos deben dirigirse hacia todo aquello oscurecido u ocultado por la historia de la filosofía misma. De esta manera, se reitera lo anterior: por un lado, se ha olvidado el discurso de la calle y, por otro, a algunos autores del estante. Ambos requieren atención; la calle, olvidada por todos, con más razón, pues en ella se escucha la palabra viva, recubierta de carne y sostenida por algunos huesos. El pensar se configura como la tarea de observar esos pliegues de la cultura que, como la calle y el estante, están constantemente ante nuestros ojos. Se puede agregar la ingratitud a aquellos pliegues que han padecido el pecado de omisión, lo cual es lo



mismo que el olvido. De este modo, también se ha cometido un desprecio por el lenguaje sucio de la calle.

Siendo esta una invitación a subsanar uno de los innumerables olvidos, se remitirá, en primera instancia, a Nietzsche, quien desde hace algún tiempo ocupa estos esfuerzos (se dejará el tema de la calle para otra ocasión; aunque es todavía más necesario que hurgar en un estante, pues éstos se encuentran llenos de anécdotas de la calle).

EL HORIZONTE DESDE EL CUAL NIETZSCHE LEE A LOS GRIEGOS

Mediante su filosofía, Nietzsche trata de poner al hombre sobre una nueva experiencia vital, pues no intenta enseñarle nada desconocido,

TODO ESTE LADO DE
LA CIUDAD BRILLA
PARTE, DÉJAME, CONVIERTE
PRIMERO EN EL BARCO EN MEDIO
DEL RÍO, PEQUEÑO Y NEGRO,
DESPUÉS, EN UN PUNTO
VAGO EN EL HORIZONTE
(¡OH MI ANGUSTIA!)
PUNTO CADA VEZ MÁS VAGO EN EL HORIZONTE.
EN NADA DESPUÉS,
Y SÓLO YO, Y MI TRISTEZA.

Y LA GRAN CIUDAD
AHORA LLENA DE SOL,
Y LA HORA REAL
Y DESNUDA,
COMO UN PUERTO SIN BARCOS,
Y EL GIRO LENTO DE LA GRÚA
QUE, COMO UN COMPAS QUE
SE DESPLAZA,
TRAZA EL SEMICÍRCULO DE NO SÉ QUÉ
EMOCIÓN EN EL SILENCIO
CONMOVIDO DE MI ALMA.
A. DE CAMPOS, ODA MARÍTIMA

sino conducirlo a otra musicalidad: “Lo que quiere transmitir no es sólo un contenido conceptual, sino un *tempo*, una tonalidad, una música, o sea, un estado del cuerpo fuente de pensamientos. Le interesa hacer vivir pensamientos y no sólo explicar ideas” (Sánchez Meca, 2005: 11). La filosofía de Nietzsche se caracteriza, contundentemente, de la siguiente forma: existe una inversión en el orden de las cosas, ahora la primacía ontológica la contiene el cuerpo, y la razón sólo es una representación o un pliegue del cuerpo en el pensar. Esta idea, que desarrollará muchos años después en su libro más simbólico *Así habló Zaratustra*, ya se encuentra en germen en la juventud de Nietzsche.

Por supuesto, toda filosofía está vinculada con la existencia del hombre, dada por sentada esta idea se afirma, entonces, que no hay quien salga inmune después de adentrarse en esta maleza. Acercarse a Nietzsche es replantear todos nuestros ideales, todas nuestras convicciones, de ahí la imposibilidad por concebir una lectura un tanto edificante, en primera instancia, de este autor. El acercamiento a los griegos, desde la perspectiva de Nietzsche, debe ser más allá del platonismo y del cristianismo, hermenéuticas puestas en ridículo tantas veces por él. Tal vez, la única experiencia verdadera sea a partir de la ruptura con una cultura heredada de una interpretación negadora de la vida. Entonces, se afirma, a riesgo de equivocación, que la experiencia más radical se encuentra en la línea entre la certeza de la cultura y la incertidumbre de la visión filosófica. No cabe duda, el filósofo de esta calaña es un sujeto tornado socialmente peligroso. Las consecuencias de la filosofía, también al estilo de Descartes, consistirán en poner en duda una cultura concebida sobre cosas inciertas:

He advertido hace ya algunos años cuántas cosas falsas he admitido desde mi infancia como verdaderas, y cuán dudosas son todas las que después he apoyado sobre ellas; de manera que, por una vez en la vida, deben ser subvertidas todas ellas completamente, para empezar de nuevo desde los primeros fundamentos, si deseo establecer alguna vez algo firme y permanente en las ciencias (Descartes, 1997: 15).

Con el mismo sentido, pero en otra circunstancia, Nietzsche escribiría lo siguiente:

Dos corrientes aparentemente contrapuestas, de acción igualmente perjudicial y concordantes en sus resultados, predominan en la actualidad en nuestras escuelas, que originariamente partían de bases totalmente diferentes: por un lado, la tendencia hacia la máxima *extensión de la cultura*, y, por otro lado, la tendencia a *disminuirla y debilitarla*. De acuerdo con la primera tendencia, hay que llevar la cultura a ambientes cada vez más amplios; en el sentido de la segunda, se pretende de la cultura que abandone sus supremas pretensiones de soberanía, para ponerse al servicio de otra forma de vida, es decir, a la del Estado. Frente a esas tendencias fatales de la extensión y de la disminución, habría que desesperar sin perspectiva alguna, si no fuese posible promover de algún modo la victoria de dos tendencias opuestas, auténticamente alemanas y especialmente preñadas de futuro: a saber, la tendencia a la *restricción y concentración* de la cultura, como antítesis de su máxima extensión posible, y la tendencia al *refuerzo* y a la *autosuficiencia* de la cultura, como antítesis de su debilitación. Por lo demás, nos autoriza a creer en la posibilidad de una victoria el hecho de saber que esas dos tendencias de la extensión y de la debilitación son contrarias a las intenciones eternamente iguales de la cultura, en la misma medida en que una restricción de la cultura a pocas personas es una ley necesaria de la naturaleza y, en general, una verdad. En cambio, lo único que podrían conseguir esas otras dos tendencias sería fundar una cultura falsa. (Nietzsche, 2000b: 24-25)

Nietzsche siempre apela a Wagner para utilizar alguna de estas estructuras, pues el compositor intentaba extender la cultura, “su cultura”, a todos lados, aun cuando él mismo era un personaje cuyo cuerpo sólo soportaba la seda, por ello no es creíble que caminara unos cuantos pasos para dialogar con los campesinos o con los obreros (en quienes Marx ponía sus empeños). Si recorría distancias enormes era sólo en busca de un mecenas que cubriera su cuerpo con ropajes caros, propios de alguien falso. Para Nietzsche la cultura de su época era falaz, y Wagner la representaba. Por eso se arrepiente de manera terrible cuando se da cuenta que su obra *El nacimiento de la tragedia* está impregnada de wagnerismo.

Nietzsche voltea hacia la Grecia antigua desde la época de su entusiasmo por la obra de Richard Wagner, pues piensa que su música puede hacer renacer una nueva tragedia griega.

En dicho momento también está influido por la filología. Para él, tal disciplina se caracteriza por la experiencia de una lectura lenta y meticulosa, por tanto, conduce al estado de la desesperación a quien espera una respuesta en su obra. Por este motivo no es posible encontrar un proyecto de educación en la obra *Sobre el porvenir de nuestras escuelas*. Para fundamentar lo anterior, se refiere lo siguiente:

A comienzos de 1872, cuando se disponía a pronunciar estas conferencias *Sobre el porvenir de nuestras escuelas*, por encargo de la “Sociedad Académica”, Nietzsche había cumplido hacía poco veintisiete años, y precisamente los primeros días de enero distribuía entre los amigos los primeros ejemplares, recién impresos, de *El nacimiento de la tragedia*. Sabía que había dejado tras de sí una obra decisiva, que había lanzado un desafío no sólo al mundo erudito, que era el suyo sino también a los valores, a los juicios dominantes, con el alemán de quien se presenta en escena como filósofo, sin ceremonias. Eso le hizo sentirse viejo, vacío, extenuado [...] “¡Qué vivencias hay que haber tenido, para poder escribir a los veintisiete años *El nacimiento de la tragedia!*”. Le parecía que había pasado una eternidad, desde los años en que todavía era estudiante: por un momento, Nietzsche concedió un descanso a su voluntad, se miró alrededor con nostalgia, se volvió hacia atrás. A su espalda vislumbró todavía su juventud —al fin y al cabo habían pasado pocos años desde entonces—, todavía tenía esperanzas de recobrar algo de aquella época. Con semejante estado de ánimo nacieron estas conferencias... (Nietzsche, 2000b: 9-10)

Nietzsche quiere llevar al hombre al siguiente reto: experimentar un momento donde el lenguaje se quiebra y todo se dispersa, pues éste es el fenómeno cultural en el cual el hombre se ubica en la misma escala que los demás. El lenguaje levanta a los caídos, vuelve a la tierra a quienes se han tornado volátiles. Tierra y aire unidos por el lenguaje, lo mismo se puede decir de los acuáticos o de los ígneos. Nietzsche busca un nuevo lenguaje, ya tiene los cimientos: los signos del cuerpo, no los de la razón; el cuerpo y sus instintos como los ventrílocuos que dirigen la marioneta llamada anteriormente razón:

[...] se trata de una experiencia de pensamiento que marca un ritmo propio de expresión y que, para comprenderla y participar en ella, no basta con quedarse en la literalidad del texto, sino que es necesario seguir su movimiento y descifrarla conectando con el movimiento pulsional a partir del cual el pensamiento discurre. Pues, es siempre la actividad infraconsciente de los instintos la que produce el sentido: “Incluso al pensamiento más sutil corresponde un entramado de instintos. Las palabras son, por así decirlo, un teclado de instintos y los pensamientos (convertidos en palabras) son los acordes que sobre él se tocan”. (Sánchez Meca, 2005: 13-14)

En este sentido, Nietzsche como filólogo y como filósofo marca una diferencia —aristocrática, si se quiere— entre un hombre y otro, pues el ejercicio de la filosofía, entendido desde su perspectiva, es una aristocracia del espíritu.

Dicho de otra forma:

El suyo es, sobre todo, un pensamiento “aristocrático”, lo que significa que su principal característica es una calculada distancia, unos obstáculos puestos ahí para dificultar el acceso a quienes no son reconocidos como pares: “Cada espíritu, cada gusto más elevado elige, cuando quiere comunicarse, a su audiencia, y al

mismo tiempo traza una línea de separación respecto a los demás. De ahí proceden las leyes más refinadas de estilo: descartan, crean una distancia, prohíben el acceso y la comprensión, mientras abren bien los oídos a quienes tienen con nosotros una afinidad de oído”. (Sánchez Meca, 2005: 13)

Nietzsche se acerca a los griegos desde una forma original, configurada por una diferencia, la de un ritmo distinto. No hay en su argumentación un orden con la posibilidad de designarse con la lógica, en todo caso, va dirigido por las pulsiones “infraconscientes” que tocan a las palabras. Éstas, como piano, son pulsadas por los instintos, pero no corresponde a una de ellas un solo instinto, sino una múltiple conexión de éstas toca a una sola palabra. De esta manera, se muestra la inversión de Nietzsche en el orden de las cosas: no es la razón quien dicta las palabras, “son los alaridos de la risa, del llanto, de la alegría y de la tristeza lo que da la connotación de la palabra”.

Si Nietzsche, constantemente, ubica por encima de todo a la vida, su pensamiento no puede ser de otro modo: surge de los instintos más profundos y en esto se diferencia de la razón oficial. La movilidad del lenguaje nietzscheano sólo es posible a partir de su multiplicidad, de su viveza, de su explosión metafórica.

Es preciso agregar, de manera breve, que Nietzsche también orienta su filosofía desde la retórica, pues ésta permite medir el ritmo de la palabra y la configuración de nuevas expresiones rítmicas como las metáforas. El *centauro* es la metáfora que une la música y la poesía, pues ésta es rítmica.

Aunque durante mucho tiempo el tema de la retórica en Nietzsche pasó desapercibido, sin embargo hoy nadie duda de que constituye un pilar importante en la interpretación de su pensamiento. Como afirma S. Ijsseling, uno de los primeros en detectar su relevancia, “la retórica tiene un papel importante en el análisis de Nietzsche de la estructura de la filosofía y en la función del discurso filosófico” [...] la retórica aparece en Nietzsche como un nexo necesario para comprender no sólo su concepción del lenguaje (“El lenguaje es retórica”), sino para dilucidar los fundamentos de su crítica a la metafísica y de su teoría estética. (Nietzsche, 2000c: 10)

Éste es, de forma general, el horizonte hermenéutico desde el que Nietzsche, como figura jánica, observa el pasado y el presente. Visionario en Sur, analiza la Grecia antigua y rescata del olvido metafísico a sus poetas, entre ellos a Píndaro. Por otro lado, Platón es quien obstaculiza el camino a los poetas alejados de la *unidad*, la cual se erige como dogma filosófico y alumbrará el destino de los 2 000 años siguientes del pensamiento.

Federico Nietzsche puede ser considerado, sin duda alguna, como una especie de médico, como un inspector sanitario de su época y del futuro, su destino está marcado con este oficio. Afina el olfato para descubrir las manchas de inmundicia dejadas sobre el ser humano y su vitalidad. Nietzsche parte del supuesto siguiente: en una época anterior el hombre exaltaba su vigor a partir de sus proezas, sus batallas, sus logros y su valentía, en fin, de toda su creación. Sin duda, se refiere a los griegos.

Para este autor, los encargados de realizar la tarea de ensuciar el espíritu del hombre son los herederos de la hermenéutica, del platonismo y el cristianismo, ellos son quienes han debilitado al ser humano. Esta acusación se encuentra en toda su obra. A Nietzsche le preocupa la salud del ser humano. De ahí, el dictamen que lanza desde su primera obra, *El nacimiento de la tragedia*:

El cristianismo fue desde el comienzo, de manera esencial y básica, náusea y fastidio contra la vida sentidos por la vida, náusea y fastidio que no hacían más que disfrazarse, ocultarse, ataviarse con la creencia en “otra” vida distinta o “mejor”. El odio al “mundo”, la maldición de los afectos, el miedo a la belleza y a la sensualidad, un más allá inventado para calumniar mejor el más acá, en el fondo un anhelo de hundirse en la nada, en el final, en el reposo, hasta llegar al “sábado de los sábados” —todo esto, así como la incondicional voluntad del cristianismo de admitir valores *sólo* morales me pareció siempre la forma más peligrosa y siniestra de todas las formas posibles de una “voluntad de ocaso”; al menos, un signo de enfermedad, fatiga, desaliento, agotamiento, empobrecimiento hondísimos de la vida, —pues ante la moral (especialmente ante la moral cristiana, es decir,

incondicional) la vida *tiene que carecer* de razón de manera constante e inevitable, ya que la vida *es* algo esencialmente amoral, —la vida, finalmente, oprimida bajo el peso del desprecio y del eterno “no”, *tiene que ser sentida* como indigna de ser apetecida, como lo no-válido en sí. (Nietzsche, 2008: 33)

El cristianismo, entendido como el método para llevar al hombre a odiar al mundo y a la vida misma, toma parte por todo aquello que lanza al hombre mismo al lodazal de la autocompasión: “el cristianismo ha tomado partido por todo lo débil, bajo, malogrado, ha hecho un ideal de la *contradicción* a los instintos de conservación de la vida fuerte” (Nietzsche, 2000a: 30). Este dictamen sanitario se lleva a cabo como se haría en



una morgue sobre un cadáver muerto por debilitamiento espiritual y corporal. El médico anota que este cadáver tenía obturadas las arterias de la vida; la causa de tal obstáculo: un *instinto depresivo* desarrollado sistemática y metódicamente sin dejar nada al azar. Todo está calculado para llegar a tal fin. Desarrollar el sistema depresivo del hombre mantiene la búsqueda en la nada: “No se dice ‘nada’: se dice, en su lugar, ‘más allá’; o ‘Dios’; o ‘la vida verdadera’ o nirvana, redención bienaventuranza” (Nietzsche, 2000a: 31-32).

La piel marchita del cristiano denota la falta de fluidez en su interior. La falta de lozanía sólo corresponde a los hombres cansados de tanta vida reprimida, de tanta hostilidad contenida por años, heredada de generación en generación. El cristianismo

NO QUIERO NADA.
 YA HE DICHO QUE NO QUIERO NADA.
 ¡NO ME VENGAN CON CONCLUSIONES!
 LA ÚNICA CONCLUSIÓN ES MORIR!
 ¡NO ME TRAIGAN ESTÉTICAS! ¡NO ME HABLEN
 DE MORAL! ¡SÁQUEME DE AQUÍ LA
 METAFÍSICA!
 NO ME RECITEN SISTEMAS COMPLETOS,
 NO ME ENUMEREN CONQUISTAS DE LAS CIENCIAS
 (DE LAS CIENCIAS, DIOS MÍO, DE LAS CIENCIAS!)
 DE LAS CIENCIAS, DE LAS ARTES, DE LA CIVILIZACIÓN MODERNA
 ¿QUE MAL HICE YO A LOS DIOS ES TODOS?
 SI TIENEN LA VERDAD, ¡GUÁRDENSE LA!
 SOY UN LOCO CON TODO
 EL DERECHO DE SERLO.
 ¿ME QUERÍAN CASADO, FUTIL, COTIDIANO
 Y COMPLACIENTE? ¿ME QUERÍAN LO
 CONTRARIO DE ESTO Y LO CONTRARIO
 DE CUALQUIER OTRA COSA?
 SI YO FUERA OTRA PERSONA
 LES DARÍA GUSTO A TODOS.
 ¡DEJENME EN PAZ! QUE YO NUNCA TARDÉ.
 Y MIENTRAS TARDAN EL ABISMO Y EL
 SILENCIO, QUIERO ESTAR SOLO.
 A. DE CAMPOS, LISBON REVISITED.

actúa directamente sobre la psique del hombre hasta convertirlo en un ser que ya no busca la conservación de la vida y su elevación, sino desea acabar pronto, pues su existencia se torna insoportable.

Nietzsche analiza que las arterias obstaculizadoras de la vida vuelven apático al hombre, pues son monótonas, aburridas y absurdas como una melodía de una sola nota. “La música es la esencia del mundo y no se puede vivir sin ella”. En su obra *Humano, demasiado humano*, afirma lo siguiente: “las personas a quienes su vida diaria les parece demasiado vacía y monótona se vuelven fácilmente religiosas, esto es comprensible y perdonable, salvo que no tienen ningún derecho a reclamar religiosidad de aquellos para quienes la vida diaria no transcurre vacía ni monótona” (Nietzsche, 2003: §115).

La concepción de la vida para Nietzsche es que ésta tiene la característica esencial de ser amoral, como se hace notar en la cita anterior referente a la obra *El nacimiento de la tragedia*. Ésta no se mueve a partir de la concepción de lo bueno y lo malo, como ocurre en las interpretaciones platónica y cristiana. Lo bueno y lo malo son una interpretación ilusoria: “[...] en una carta escrita por Nietzsche a Overbeck a mediados de julio de 1884, desde Sils-Maria, le dice lo siguiente: ‘Estoy metido hasta el cuello en mis problemas; mi teoría, según la cual el mundo del bien y del mal es un mundo únicamente aparente y perspectivista, representa una innovación tal, que a veces me quedo completamente pasmado’” (Nietzsche, 1999: 276, n. 4).

Lo bueno y lo malo, como una interpretación ilusoria, es algo que Nietzsche desarrolla en *La gaya ciencia* de la siguiente manera: los conceptos de lo ‘bueno’ y lo ‘malo’ sólo surgen porque el hombre requirió ayuda, pues necesitaba una conciencia de sí mismo y, para desarrollarla, realizó innumerables conexiones entre el hombre y el hombre; a través de éstas, las palabras mostraban un estado de penuria; y *el hombre necesitaba hacerse comprender a sí mismo* mediante el gesto o el lenguaje escrito. De lo anterior, se puede inferir rápidamente que las palabras de bueno o malo, como perspectiva de interpretación sólo denotan la pobreza de la época en que se gestaron: platonismo y cristianismo. Estas palabras sólo son el resultado de algo más profundo; se refieren a un

objeto de conocimiento, tarea de los epistemólogos o los teóricos del conocimiento:

[...] el hombre, como toda criatura viviente, piensa continuamente pero no lo sabe; el pensar que se hace *consciente* sólo es la parte más pequeña de él, digamos: la parte más superficial, la peor –pues sólo este pensar consciente *acontece en palabras, es decir, en signos de comunicación*, con lo cual se descubre la procedencia misma de la conciencia (*no de la razón, sino exclusivamente del llegar-a-ser-consciente-de-sí misma de la razón*). (Nietzsche, 1985: §354)

El lenguaje moral surge de esta necesidad existente en el hombre, de una precariedad. Si las palabras de bueno y malo pertenecen a ésta, sólo es porque el hombre necesita una moral, necesita revestirse de ella, pues, de lo contrario, sería algo vergonzoso andar desnudo por la calle. Según la concepción de Nietzsche:

El europeo se disfraza *con la moral*, porque se ha convertido en un animal enfermo, enfermizo, lisiado, que tiene buenas razones para ser “doméstico”, porque él es casi un engendro, algo a medias, débil, torpe [...] No es la ferocidad del animal de presa la que necesita de un disfraz, sino el animal de rebaño con su profunda mediocridad, angustia y aburrimiento de sí mismo. *La moral atavía al europeo* —¡confesémoslo!— con lo más distinguido, más importante, más respetable, más “divino” [...] (Nietzsche, 1985: §252)

Nietzsche se levanta y opone el pensamiento del hombre griego contra esta concepción de la vida que ha recubierto la piel del hombre de suciedad: domeñado su espíritu hasta la plena indiferencia y la apatía de la vida. Por supuesto, la filosofía, entonces, es una labor de enfermero y médico, para brindar cuidados al paciente que *cambia* de piel. En este sentido, una transfiguración de los valores quiere decir, de cierta manera, una desolladura lenta y paciente para mutar la dermis.

LA PRESENCIA DE PÍNDARO EN NIETZSCHE

Uno de los autores del periodo griego antiguo en que Nietzsche se apoya es Píndaro (hay acuerdo en que nació en Cinoscéfalos, una aldea cercana a Tebas, en la Olimpiada 65, en 518 o en 522 a. C.). De él retoma la conocida frase

“llega a ser quien tú eres”, la cual traduce Alfonso Ortega como “¡Hazte el que eres!”. La frase, que corresponde a la *Pítica II*, 72, sugiere que en el hombre subyace un destino natural oscurecido por las perspectivas interpretativas.

Andrés Sánchez Pascual comenta en la introducción de *Ecce homo* lo siguiente:

Nietzsche mismo nos dice que el día en que cumplía cuarenta y cuatro años, el 15 de octubre de 1888, decidió “contarse su vida a sí mismo”. Desde ese momento hasta mediados de noviembre, en que envió el manuscrito a la imprenta, Nietzsche trabaja con intensidad en la composición de esta obra. Varios son los títulos que anota, para luego escoger el definitivo. Helos aquí:

- a) *In media vita*. Anotaciones de un agradecido. De F.N.
- b) *Ecce homo*. Anotaciones de un múltiple.
 1. Habla el psicólogo.
 2. Habla el poeta.
 3. Habla el amante de la música. [...]
- d) En trato con los antiguos. Apéndice: *Ecce homo*.

Cada uno de ellos es un título sugestivo y nos ofrece un esbozo brevísimo de la autoimagen de Nietzsche. Éste recoge por fin el título *Ecce homo*, con su resonancia evangélica. [...] Una vez escogido definitivamente el título, Nietzsche duda entre varios subtítulos:

- a) *Ecce homo*, un regalo a mis amigos.
- b) *Ecce homo*, o un problema para psicólogos. Por qué yo soy algo más.
- c) *Ecce homo*. Cómo se llega a ser el que se es.

La elección se inclina por el último, reminiscencia de la famosa frase de Píndaro: “Llega a ser el que eres”, [...] que tantas veces había Nietzsche citado indirectamente en sus obras anteriores. (Nietzsche, 1991: 9-10)

Desde temprana edad, Nietzsche se encargó constantemente de poner en claro quién era. El ejercicio autobiográfico que se halla en todas sus obras es de una relación intrínseca con él mismo, por eso no deja de molestarse cuando lo confunden. Nietzsche buscaba la victoria, y esta actitud la aprende de los griegos. Las *Odas* de Píndaro narraban y exaltaban...

[...] el violento trabajo de la voluntad para regir la sedición de los instintos; la guerra sin término en busca del dominio sobre los otros hombres; el encontrar en ese dominio la suma de las virtudes, y utilizar los dictados de la ley y la religión para justificarlo; al mismo tiempo, seguir las aspiraciones de un idealismo ilimitado, y pretender hallar sus valores absolutos en lo más inmediato [...] cultivar con terrible disciplina el físico esplendor como vía de la humana perfección. Y a modo y culminación de todo lo anterior, concebir la incesante competencia entre hombres como el único medio de alcanzar la culminación del sentido último de la vida: la victoria, que viene a darle perfección y corona. (Píndaro, 2005: IX)

Nietzsche, como filólogo de la cultura griega, sigue al pie de la letra lo anterior. Nunca deja duda de su lucha contra la falsedad ni contra la enfermedad, en la modalidad de la locura, ante la que sucumbe sin miedo y sin terror alguno. Para lograr la victoria, Nietzsche se arranca la careta de la mentira, al mismo tiempo, se la quita a los demás: a los sacerdotes, a los filósofos, a Wagner, a Strauss, al confesor, a Hegel, a Platón, a Sócrates; los observa como seres mentirosos que tienen la boca llena de falsedades, construidas a partir de la perspectiva de renacuajos.

Para poder volar, para alcanzar los altos aires recorridos por Nietzsche constantemente, uno no puede contarse mentiras; éstas no proporcionan nada, a lo mucho “el más allá”, pero eso, en suma, es la nada. Nietzsche tiene una obsesión: contar verdades nuevas para oídos nuevos, tarea que no puede ser llevada a cabo si en la boca se

encuentra la mentira. Él siempre nos ha mostrado lo que él es. Píndaro, en este sentido, aconseja lo siguiente:

Pero es imposible que el ciudadano mentiroso pueda lanzar palabra eficaz entre los buenos.

Como un perro mueve ante todos la cola y teje entera ruina.

No comparto con él su osadía. Amar quiero al amigo; y contra el enemigo como enemigo quiero asaltar a manera de lobo, por acá y por allá recorriendo las curvas veredas.

En todo gobierno es útil el hombre de verídica lengua, en la tiranía, cuando rige el pueblo violento y cuando los sabios protegen la ciudad.

No debemos altercar contra la ciudad.

El amante de la verdad, Nietzsche, se aleja de todo aquel que le mienta, de todo aquel que lo utilice. La presencia de Píndaro en Nietzsche es innegable; la frase más célebre que retoma de él dice:

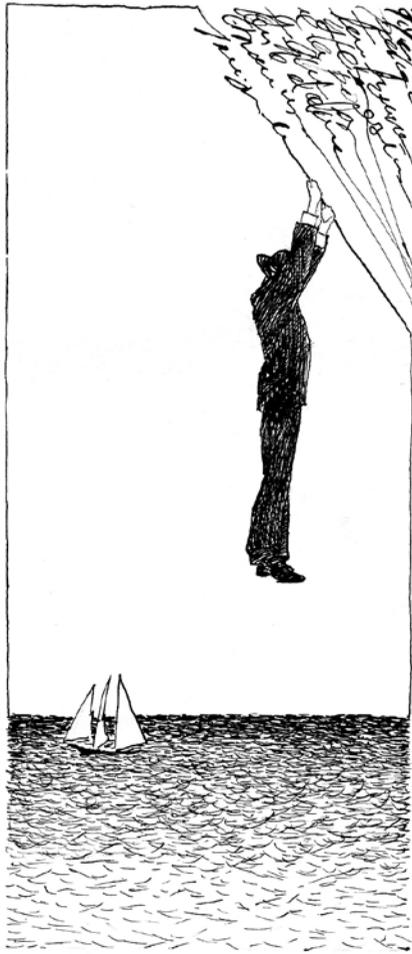
Una ruta marina floreciente quiero empezar, de la excelencia elogios entonando. A la juventud es útil la osadía en las terribles guerras. En ellas —digo yo— también hallaste tú la fama ilimitada, luchando unas veces con hombres a caballo lanzados, otras veces con hombres a pie. Y tus proyectos de anciano me ofrecen palabra sin riesgo para cantarte en todo sentido. ¡Alégrate!

A modo del precioso fardo fenicio se te envía este canto por el grisáceo mar: contempla de grado el canto castóreo en eólicas cuerdas, percibe el canto de la lira de siete sonidos.

¡Hazte el que eres!, como aprendido tienes.

Bello es, sí, el mono a los niños, siempre bello. Pero buena dicha ha cabido a Radamanto, porque el fruto Intachable logró de la prudencia, y no con fraudes contenta en su interior el ánimo, como por ardides de los aduladores ocurre siempre al mortal. (Píndaro, 2005: II, 62-75)

La presencia de los griegos en Nietzsche es indiscutible, pero la de Píndaro sobresale, pues, a partir de la frase “llega a ser el que eres”, de la cual se desprende la convicción nietzscheana de su *amor fati*, su destino queda aclarado. Su lectura filológica de la antigüedad le acarrió innumerables enemigos sólo porque, al igual que Píndaro, era enemigo de los aduladores y mentirosos. LC



DESDE LA VENTANA MÁS ALTA
 DIGO ADIÓS, CON UN PAÑUELO BLANCO
 A MIS VERSOS QUE PARTEN
 HACIA LA HUMANIDAD.
 Y NO ESTOY ALEGRE NI TRISTE,
 ÉSTE ES EL DESTINO DE LOS VERSOS
 LOS ESCRIBÍ Y DEBO MOSTRARLOS A TODOS.
 PORQUE NO PUEDO HACER LO CONTRARIO,
 COMO LA FLOR NO PUEDE OCULTAR SU COLOR,
 NI EL RÍO OCULTAR QUE CORRE,
 NI EL ÁRBOL OCULTAR QUE DA FRUTO.
 ALLÁ VAN ELLOS, LEJOS YA,
 COMO LA DILIGENCIA,
 Y YO, SIN QUERERLO, SIENTO PENA
 COMO UN DOLOR EN EL CUERPO.
 ¿QUIÉN SABE QUIÉN LOS LEERÁ?
 ¿QUIÉN SABE A QUÉ MANOS IRÁN?
 COMO UN RÍO, EL DESTINO
 DE MIS AGUAS ERA IR MÁS ALLÁ DE MÍ.
 ME SOMETO Y ME SIENTO CASI
 ALEGRE COMO QUIÉN SE
 CANSA DE ESTAR TRISTE
 ¡VAYÁNSE, VERSOS, VAYÁNSE!
 PASA EL ÁRBOL Y LA NATURALEZA LO DISPERSA
 SE MARCHITA LA FLOR Y SU POLVO DURA SIEMPRE
 CORRE EL RÍO Y ENTRA AL MAR,
 Y SU AGUA SIGUE SIEMPRE LA QUE FUE SUYA.
 FERNANDO PESSOA, CANCIONERO.

BIBLIOGRAFÍA

Descartes, René (1997), *Meditaciones metafísicas*, Madrid, Gredos.

Nietzsche, F. (1985), *La ciencia jovial*, Venezuela, Monte Ávila Editores.

_____ (1991), *Ecce homo*, México, Alianza Editorial.

_____ (1999), *Más allá del bien y del mal*, Buenos Aires, Altaya.

_____ (2000a), *El anticristo*, Madrid, Alianza Editorial.

_____ (2000b), *Sobre el porvenir de nuestras escuelas*, Barcelona, Tusquets.

_____ (2000c), *Escritos sobre retórica*, Madrid, Trotta.

_____ (2003), *Humano, demasiado humano*, Madrid, Edaf.

_____ (2008), *El nacimiento de la tragedia*, Madrid, Alianza Editorial.

Píndaro (2005), *Odas*, México, UNAM.

Sánchez Meca, Diego (2005), *Nietzsche, la experiencia dionisiaca del mundo*, Madrid, Tecnos.